

EN UN PUEBLITO DE LA ISLA DE CRETA, que desde 1955 fue renombrado como Myrtia, funciona un museo dedicado al escritor Nikos Kazantzaki, cuyo archivo custodia unas 7.000 cartas recibidas de todas partes del mundo por este escritor cretense, entre ellas las del poeta bogotano Jorge Zalamea (1905-1969), cuyas obras más reconocidas son *El sueño de las escalinatas* y *El Gran Burundún-Burunda* ha muerto. Nacido en Megalo Kastro (Heraklion) el 18 de febrero de 1883, fue conocido en el mundo internacional de las letras por sus obras, en especial por *Cristo nuevamente crucificado* (1948), *La última tentación* (1952) y la *Vida y hechos de Alexis Zorba* (1941), todas llevadas al cine. En el otoño de 1956 comenzó a escribir los recuerdos de su vida, que titularía *Carta al Greco*, cerrados por su muerte en 1957. En esta obra puede verse la importancia que ejerció en su vida la personalidad de Yorghis Zorbas, a quien conoció en 1915 durante un fallido proyecto minero en el Monte Athos. Por ello se ofrece a continuación el fragmento de su autobiografía dedicado a este personaje, y a continuación el capítulo VII de su novela *Vida y hechos de Alexis Zorba*, una muestra de la obra que estuvo a punto de concederle el premio Nobel de Literatura. Por su propósito educativo se han elegido las traducciones españolas de Delfín Leocadio Garasa y Roberto Guibourg, publicadas por la editorial Planeta en 1962.

**ALEXIS ZORBA.
FRAGMENTO DE DE LA CARTA AL
GRECO. RECUERDOS DE MI VIDA.**

En el curso de mi vida, mis mayores bienhechores han sido los viajes y los sueños; muy pocos entre los hombres, vivos o muertos, me han ayudado en mi lucha. Sin embargo, si quisiera discernir los hombres que más profundamente han dejado su impronta en mi alma, nombraría a Homero, Buda, Nietzsche, Bergson y Zorba. El primero fue para mí el ojo apacible y resplandeciente, como el disco del sol que alumbra el universo con su brillo redentor; Buda, el ojo tenebroso e inaccesible donde el mundo se ahoga y se libera; Bergson me ha liberado de algunas preguntas filosóficas que habían quedado sin respuesta y me atormentaban en mi

primera juventud; Nietzsche me enriqueció con nuevas angustias y me enseñó a amar la vida y a no temer la muerte.

Si debiera en mi existencia elegir un guía espiritual, un Gurú como dicen los hindúes, un Viejo como dicen los monjes del Monte Athos, seguramente elegiría a Alexis Zorba. Porque él poseía lo que un chupatintas necesita para salvarse: la mirada primitiva que atrapa de lo alto su presa, como una flecha; la ingenuidad creadora, nueva todas las mañanas, que hace ver sin cesar el universo por primera vez e infunde virginidad a los elementos eternos y cotidianos —el viento, el mar, el fuego, la mujer, el pan—; una mano segura, un corazón fresco, el valor de burlarse de su propia alma y por fin la risa estridente y salvaje, surgida de una fuente profunda, más profunda que las entrañas del hombre,



1983

ΝΙΚΟΣ ΚΑΖΑΝΤΖΑΚΗΣ 1883-1957

HELLAS

27

ΕΛΛΗΝΙΚΗ ΔΗΜΟΚΡΑΤΙΑ

FOTO LEFTERIS PAPALLAKIS / SHUTTERSTOCK

risa que brotaba, redentora, en los instantes críticos, del viejo pecho de Zorba: y cuando brotaba, podía él derribar, y derribaba de hecho, todos los muros —moral, religión, patria— que el hombre, miserable y miedoso, ha erigido alrededor para caminar cojeando, con seguridad, a lo largo de su pobre vida.

Cuando pienso en el alimento que durante tantos años los libros y los maestros habían brindado a un alma hambrienta, y en el tuétano de león que Zorba me brindó durante algunos meses, apenas puedo contener mi amargura y mi furor. No puedo recordar sin que exalte mi corazón las cosas que me decía, las danzas que ejecutaba, el santuri que tocaba, en una costa de Creta donde vivimos seis meses, con una multitud de obreros, cavando la tierra con la esperanza de encontrar un poco de lignito. Los dos sabíamos que ese fin material era un pretexto para ocultarnos a los ojos del mundo; y teníamos prisa para que se pusiera el sol, que los obreros acabaran el trabajo, para instalarnos los dos en la playa, comer el buen pan campesino, beber nuestro vinillo seco de Creta y entablar conversación.

Yo hablaba rara vez: ¿Qué puede decir un intelectual a un “ogro”? Lo escuchaba hablarme de su ciudad sobre el Olimpo, de la nieve, de los lobos, de los comitadjis, de santa Sofía, del lignito, de las mujeres, de Dios, de la patria y de la muerte, y de pronto, cuando se ahogaba y el marco de las palabras le era demasiado estrecho, se erguía de un salto sobre las rocas de la playa y se ponía a bailar. Sólido, muy derecho, huesudo, la cabeza echada hacia atrás, con sus ojuelos redondos de pájaro, bailaba, aullaba, golpeaba la playa con sus pies y rociaba su cara con agua de mar.

Si yo hubiera escuchado su voz, o mejor dicho no su voz sino su grito, mi vida habría adquirido un valor; viviría con mi sangre, mi carne y mis huesos lo que ahora sueño como un fumador de hachís y realizo con tinta y papel. Pero no me he atrevido. Veía a Zorba bailar día y noche relinchando,

gritarme que saltara yo también fuera del caparazón confortable de la prudencia y el hábito, y partiera con él para los grandes viajes sin retorno, y yo permanecía inmóvil, fatigado.

A menudo me ha acontecido en mi vida que he tenido vergüenza, porque sorprendía a mi alma sin atreverse a cumplir lo que el delirio supremo —la substancia misma de la vida— me incitaba a cumplir; pero nunca me avergoncé tanto de mi alma como delante de Zorba.

La empresa de lignito se fue al diablo. Zorba y yo habíamos hecho lo posible para llegar a la catástrofe, a fuerza de risas, juegos y discusiones. No cavábamos para encontrar lignito; eso era un pretexto para los hombres simples y razonables, “para que no nos reciban con tomates—, decía Zorba entre carcajadas.

—Pero nosotros, patrón —me llamaba patrón reventando de risa—, nosotros, patrón, tenemos otras metas, metas más elevadas.

—¿Qué metas, Zorba? —le preguntaba.

—Nosotros cavamos para ver qué demonios llevamos dentro.

No tardamos en comernos todo lo que mi pobre tío me había dado para abrir un estudio; despachamos a los obreros, hicimos asar un cordero, llenamos un tonelito de vino, nos instalamos en la playa donde se hallaba la mina, y nos pusimos a comer y a beber. Zorba cogió su santuri, entonó su vieja garganta y cantó un amané. Comíamos, bebíamos, no recuerdo haber estado nunca de tan buen humor: la empresa ha muerto, gritábamos. Dios guarde su alma, a nosotros larga vida, ¡váyase el lignito al diablo!

Al día siguiente por la mañana nos separamos; emprendí de nuevo el camino de la tinta y los papeles, llevando a cuestras la herida incurable de la flecha sangrienta que, por no saber cómo nombrarla, llamamos espíritu. Él se dirigió hacia el norte, para

recalar en Servia, en una montaña cerca de Skopia, donde creyó haber descubierto una rica veta de leucolito, embaucó a algunos ricachones, compró herramientas, contrató obreros y volvió a abrir galerías en la tierra. Dinamitó las rocas, hizo caminos, trajo agua, construyó una casa, se casó, pues era un viejo muy lozano, con una hermosa y alegre viudita, Liuba, y tuvo con ella un hijo.

Un día recibí un telegrama: “Descubrimiento hermosísima piedra color verde, indispensable presencia inmediata. ZORBA”. Ya se percibían a lo lejos los primeros fragores del trueno de la tempestad que se había precipitado en la tierra, la segunda Guerra Mundial. Millones de hombres temblaban, veían venir el hambre, la muerte la locura. Todos los demonios del hombre se habían despertado y tenían sed de sangre.

En aquellos días envenenados recibí el telegrama de Zorba. Al principio, me encolericé: el mundo está conmovido, la vida y el honor de los hombres está en peligro, y llega un telegrama que habla de partir, de recorrer mil millas para ir a ver una piedra verde. ¡Maldita sea la belleza —me dije—, porque no tiene corazón y no se preocupa del sufrimiento humano!

Pero de pronto me asusté; ya se había disipado la cólera y sentía con terror que este grito inhumano de Zorba respondía a otro grito inhumano que yo llevaba en mí. Un ave de presa salvaje aleteaba en el fondo de mí mismo, para emprender su vuelo. Sin embargo, no partí, una vez más no me atreví. No partí, no he seguido el grito divino, el grito de fiera salvaje que oía en mí, no he cumplido esta acción noble y absurda. Seguí la voz humana y glacial de la razón; cogí la pluma y escribí a Zorba una carta donde le explicaba...

Me contestó: “Patrón, eres, y perdóname, un chupatintas. Podías ver tú también, pobre desgraciado, ver una vez en tu vida una hermosa piedra verde y no la has visto. Dios mío, a veces, cuando no tengo

nada que hacer, me pregunto en mi cabeza: ¿Hay o no un Infierno? Pero ayer, al recibir tu carta, me dije: “¡Seguramente hay un Infierno para los chupatintas!””

Pasaron los años. Largos y terribles años, en que parecía que el tiempo había perdido la razón, se había desbocado, que las fronteras geográficas habían empezado a girar y que los Estados se extendían y replegaban como acordeones. Zorba y yo nos habíamos perdido de vista en la tormenta; solo de tiempo en tiempo recibía una breve carta suya, despachada en Servia: “Sigo viviendo, hace un frío de mil demonios, y he tenido que casarme. Vuelve la hoja para ver su hociquito; es bastante mona. Su vientre está un poco hinchado, porque ya me prepara un Zorbita. Se llama Liuba. El abrigo que llevo con cuello de piel de zorro, procede de la dote de mi mujer; también me ha traído una cerda con siete lechoncitos, toda una familia. Te abrazo. Zorba, ex viudo”.

Otra vez me envió un gorro montenegrino bordado una campanita de plata en su pompón. “Llévalo —me escribía—, llévalo, patrón, cuando escribes tus majaderías; yo lo llevo hasta cuando trabajo. Hace reír a la gente. ¿Estás loco, Zorba? —me dicen—. ¿Por qué llevas esta campanita? Pero yo me río y no les contesto. Nosotros dos, patrón, sabemos por qué llevamos la campanita.”

Sin embargo, me había arrojado nuevamente en la tinta y el papel; había conocido a Zorba, ya no había salvación para mí; me había convertido en un chupatintas sin remedio.

Me puse a escribir. Pero todo lo que escribía, poema, teatro, novela, cobraba siempre, sin que yo lo advirtiera claramente, una estructura y un movimiento dramáticos. Todo estaba lleno de fuerzas que chocaban de frente, lleno de angustia, todo no era sino búsqueda de un equilibrio perdido, cólera y rebelión. Todo estaba lleno de signos precursores, de vislumbres de la tempestad que se avecinaba. Por más que me esforzaba en dar

a lo que escribía una forma equilibrada, mis obras no tardaban en adquirir un ritmo apresurado, dramático; la voz apacible que quería hacer oír se convertía, a pesar mío, en un grito. Por eso, cuando concluía una obra, no me sentía aliviado y, desesperado, me ponía a escribir otra. Conservaba siempre la esperanza de reconciliar las fuerzas tenebrosas y las fuerzas luminosas que entonces se hallaban en estado de guerra, y de llegar a ser la armonía futura.

La forma dramática da a la creación la facultad de expresar, al encarnarlas en los héroes antagonistas de obra, las fuerzas desencadenadas de nuestro tiempo y de nuestra alma; yo trataba de vivir, lo más fiel e intensamente que podía, la importante época en que me había tocado en suerte nacer.

Los chinos tienen una extraña maldición: “Maldito seas, y que nazcas en una época importante”. Nosotros hemos nacido en una época importante, llena de intentos cambiantes, de aventuras y conflictos. Y estos conflictos ya no oponen como antes las virtudes y los vicios, sino —y ahí está lo más trágico— las propias virtudes entre sí. Las antiguas virtudes reconocidas comienzan a perder su fuerza, ya no pueden responder a las exigencias religiosas, morales y sociales del alma contemporánea. Se diría que el alma del hombre ha crecido y no puede contenerse en los antiguos moldes. En las entrañas de nuestra época, en las entrañas de todo hombre adaptado a nuestra época, ha estallado, conscientemente o no, una guerra civil sin piedad, entre el antiguo mito, otrora todopoderoso, que ha perdido su fuerza pero lucha desesperadamente para pautar aún nuestra vida, y el nuevo mito que intenta gobernar nuestras almas, en un esfuerzo todavía torpe y mal coordinado. Por eso todo hombre que vive hoy está desgarrado por el destino dramático de nuestro tiempo.

Y más que todos, el creador. Existen labios y dedos sensibles que, cuando se acerca la tormenta, sienten hormigueos, como si los pincharan agujas; así son los de-

dos y los labios del creador. Y cuando habla con tanta seguridad de la tormenta que cae sobre nosotros, no habla su imaginación, son sus labios y sus dedos que reciben ya los primeros vislumbres de la tempestad. Debemos adoptar heroicamente nuestro partido: la alegría apacible y despreocupada, eso que se llama la felicidad, pertenece a otras épocas, pasadas o futuras, pero no a la nuestra. Nosotros hemos entrado en la constelación de la angustia.

Sin embargo, sin darme clara cuenta, me esforzaba, al expresar esta angustia, por superarla y hallar —o crear— una redención. En lo que escribía tomaba a menudo mis motivos de los tiempos antiguos y de las viejas leyendas pero la substancia era actual, viviente, desgarrada por los problemas contemporáneos y las angustias de nuestro tiempo.

Pero aún más que las angustias, lo que me atormentaba y al mismo tiempo me hechizaba, cuyo rostro trataba de fijar, eran las grandes esperanzas, todavía vagas, que se habían desplazado, las que aún nos sostienen de pie, contemplando con confianza el destino del hombre, más allá de la tormenta.

La preocupación que me sacudía no era tanto la del hombre actual, en vías de descomposición, como la del hombre futuro, que empieza a componerse y a nacer. Y pensaba yo que si el creador de hoy expresa rigurosamente los presentimientos más profundos que descubre en sí, ayudará a que nazca el hombre futuro un poco antes, un poco más perfecto.

Adivinaba cada vez más claramente la responsabilidad del creador. La realidad, pensaba, no existe, lista y terminada, independiente de nosotros; ella se crea con la colaboración del hombre, es proporcional al valor del hombre. Si al escribir, al actuar, abrimos un cauce de río, la realidad puede desaguarse por él; si no intervenimos, no lo hará. Tenemos, no por supuesto, toda la responsabilidad, pero sí una gran responsabilidad.

En otras épocas equilibradas, el oficio de escritor pudo ser un juego, hoy es una pesada tarea y su finalidad no es divertir la mente con cuentos azules y llevarla al olvido. Es proclamar la movilización de todas las fuerzas luminosas que aún subsisten en nuestra época de transición e impulsar al hombre a que supere en lo posible a la bestia. Hay tres clases de escritores:

los que miran hacia atrás: romanticismo, evasión, *estetas*;

los que miran alrededor: la podredumbre, el mundo descompuesto de hoy;

los que miran a lo lejos, hacia el futuro, y luchan por crear la matriz donde se vaciará la realidad por venir.

En las antiguas tragedias griegas, los héroes no eran sino los miembros dispersos de Dionisio que se enfrentaban entre sí. Se enfrentaban porque eran elementos separados, porque cada uno no representaba sino un fragmento de la divinidad, porque no eran un dios entero. El dios entero, Dionisio, estaba de pie invisible, en el centro de la tragedia y regía el nacimiento, el desarrollo, la purificación del mito. Para el espectador iniciado, los miembros dispersos del dios que luchan entre sí ya se han reunido y reconciliado místicamente en él y han compuesto el cuerpo intacto del dios; se han convertido en armonía.

Asimismo he pensado siempre que en medio de los miembros dispersos de los héroes que se enfrentan en la tragedia moderna debe erguirse, intacto, más allá de las luchas y los odios, la futura armonía. Es una hazaña muy difícil, quizá todavía imposible. Vivimos en un momento en que el mundo se destruye y se crea, en que las tentativas individuales más generosas están muy a menudo destinadas al fracaso; pero estos fracasos son fecundos, no para nosotros sino para los que nos seguirán. Abren la ruta y ayudan al futuro a hacerse su camino.

Yo escribía, arrebatado en éxtasis, en la calma de la casa paterna, y tenía siempre presente en mi espíritu esta terrible

responsabilidad. Sí, en verdad, antes de la acción, en el principio, era el Verbo, el hijo único de Dios. El Verbo, la semilla que crea el mundo visible e invisible.

Poco a poco, con alegría, me perdía en la tinta; grandes sombras se agolpaban en torno a la fosa de mi corazón y trataban de beber la sangre caliente que las haría renacer a la vida. Juliano el Apóstata, Nicéforo Focas, Constantino Paleólogo, Prometeo. Grandes almas atormentadas que en su vida han sufrido mucho y amado mucho, y han resistido con insolencia a los dioses y al Destino. Yo me esforzaba por arrancarlas a los Infernos para ilustrar en presencia de los hombres vivos su sufrimiento y su lucha, el sufrimiento y la lucha de los hombres. Yo mismo quería darme valor. Sé que lo que escribo nunca será de un arte consumado, pues mi intención es tratar de superar los límites del arte, y que así se deforma la substancia de la belleza, la armonía. A medida que escribía sentía más profundamente que al escribir no me esforzaba en crear la belleza sino la redención. No era un verdadero chupatintas, que hallaba su placer en adornar una hermosa frase, en buscar una rima rica: yo también era un hombre que luchaba, sufría y buscaba la liberación. Quería liberarme de las tinieblas que estaban en mí para que se hiciera la luz, de mis terribles antepasados que rugían para transformarlos en seres humanos. Por eso evocaba las grandes almas, que habían triunfado en las pruebas más elevadas y difíciles, para ver que el alma del hombre puede llevar a cabo todo, y para darme valor. Pues yo lo sabía, lo veía: la misma lucha eterna que se (había desencadenado ante mis ojos cuando era niño, se desencadenaba dentro de mí y también en el mundo, y esta lucha era el tema inagotable de mi vida. Por eso los dos luchadores han sido siempre los únicos protagonistas en toda mi obra; y si yo escribía era porque sólo con mis escritos, ¡ay! podía ayudarlos en su lucha. Incesantemente luchaban en mí Creta y Turquía, el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, y al escribir mi finalidad

era, al principio inconscientemente, luego con plena conciencia, ayudar en lo que de mí dependía, a que vencieran Creta, al Bien, a la Luz, a vencer. Mi meta cuando escribo no es la belleza, es la redención.

Y la suerte me ha hecho nacer en una época en que esta lucha es tan violenta y la necesidad de auxiliar tan imperiosa que pude ver rápidamente que mi lucha de hombre se identificaba con la gran lucha del mundo de hoy; los dos luchamos parejamente para liberarnos: yo de mis antepasados tenebrosos, él del infame mundo antiguo; ambos de las tinieblas. [...]

En mi casa me esperaba una carta en un sobre de luto. Un sello de Servia. Comprendí. La tenía en mi mano temblorosa. ¿Para qué abrirla? Inmediatamente había adivinado la amarga noticia. Ha muerto, ha muerto —murmuré, y el mundo se llenó de sombra.

Permanecí un buen rato mirando por la ventana la noche que caía. Debían de haber regado las macetas del patio, ascendía un olor a tierra. En medio de las ramas espinosas del aroma pendía la estrella de la tarde, semejante a una gota de rocío. La tarde era hermosa, la vida me parecía muy dulce, durante un instante había olvidado la amarga carta que tenía en las manos.

Me avergoncé. Comprendí de pronto que, al contemplar la belleza del mundo, me esforzaba en olvidar la muerte. Con rápido movimiento rasgué el sobre, al principio las letras bailaban ante mis ojos, poco a poco se calmaron hasta quedar inmóviles. Pude leer:

Soy el maestro de la aldea y le escribo para anunciarle una triste noticia: Alexis Zorba, dueño de una mina de leocolito, murió el domingo pasado, a las seis de la tarde. En su agonía me hizo llamar. “Ven aquí, maestro de escuela —me dijo—, tengo este amigo en Grecia. Cuando me muera, escríbele que he muerto y que hasta el último momento con-

servé mi sentido, el ojo sano y el otro, y que me acordé de él. Y que de todo lo que haya hecho, no me arrepiento. Que deseo que goce de buena salud y que ya es hora de que sea razonable... Y si llegara un cura para confesarme y darme la comunión, dile que se largue cuanto antes. ¡Y que más vale que me dé su maldición! He hecho en mi vida la mar de cosas, y sin embargo no he hecho casi nada. Los hombres como yo deberían vivir mil años. ¡Buenas noches!”

Cerré los ojos. Lágrimas calientes corrían por mis mejillas. “Ha muerto, ha muerto... —musitaba—, Zorba ha muerto. ¡Nunca más!, la risa ha muerto, la canción se ha interrumpido, el santuri se ha roto, ya no más danzas en las peñas de la costa, se ha llenado de tierra la boca insaciable que, poseída de una sed inextinguible, no paraba de interrogar, nunca más se encontrará una mano tan tierna, tan sabia, para acariciar las piedras del mar, el pan, la mujer...”

No fue pena sino cólera lo que se apoderó de mí. ¡Es injusto, injusto! —gritaba—, tales almas no deben morir. Ahora, ¿cuándo la tierra, el agua, el fuego, el azar, podrán crear un Zorba?

Hacía varios meses que no sabía qué era de él, pero estaba tranquilo. Había llegado a creer que era inmortal. ¿Cómo podría agotarse semejante manantial? ¿Cómo podría derribar la Muerte a un luchador tan avezado? ¿No encontraría él a último momento una risa, una danza, una zancadilla para escapársele?

En toda la noche no pude pegar los ojos. Los recuerdos, estremecidos, se superponían apresuradamente. Ascendían a mi mente inquietos, jadeantes, como si quisieran formar de nuevo a Zorba, impedirle dispersarse en la tierra y en el viento. Y las circunstancias más insignificantes en que él había intervenido resplandecían en mi memoria, nítidas, ágiles, preciosas, como peces multicolores en el límpido mar de verano.

Nada de lo que le pertenecía había muerto en mí, parecía que todo lo tocado por Zorba se había vuelto inmortal.

¿Qué hacer —pensé toda la noche—, qué hacer para conjurar la muerte, su muerte?

Se había abierto una puerta en el fondo de mi ser, los recuerdos saltaban fuera, se atropellaban entre sí, se apresuraban, aprisionaban exasperados mi corazón. Movían los labios, me gritaban que reuniera a Zorba esparcido en la tierra, en el mar y en el viento, y lo resucitara. ¿No es éste el deber del corazón? ¿No lo ha creado Dios para esto, para resucitar a los seres amados? ¡A resucitarlo entonces!

El corazón del hombre es una profunda fosa cerrada, llena de sangre; cuando se abre, corren a refrescarse todas las inconsolables sombras sedientas que hemos amado, que se agolpan a nuestro alrededor y oscurecen el aire. Corren a beber la sangre de nuestro corazón, pues saben que no hay otra resurrección. Hoy, a la cabeza de todas esas sombras, corre Zorba, con sus grandes zancadas y atropella a las otras sombras porque sabe que lo he amado más.

Esta mañana tomé mi resolución, por fin me calmé. Como si la resurrección hubiera comenzado en mí mismo, como si mi corazón fuese María Magdalena y corriera a la tumba y realizara la resurrección.

Me levanté tarde, el sol primaveral penetraba sonriente e iluminaba, encima de mi lecho el bajorrelieve amado que mi padre había hallado, yo no sabía cómo, cuando era niño, y había colgado sobre mi cabeza. No creo en la coincidencia, creo en el destino. Este bajorrelieve descubría el secreto de mi vida con asombrosa simplicidad. Era un monumento funerario: un guerrero desnudo, que no ha abandonado su casco ni siquiera a la hora de su muerte, ha doblado su rodilla

derecha y con las palmas de sus manos estrecha su pecho, mientras una apacible sonrisa se dibuja alrededor de sus labios apretados. El grácil movimiento del cuerpo hace que no pueda discernirse si es la danza o la muerte. Danza y muerte juntamente.

Aunque sea la muerte, dije, animado por el sol alegre que iluminaba el guerrero y le devolvía la vida, aunque sea la muerte, haremos una danza con ella. Démosle nosotros, corazón mío, démosle nuestra sangre para que vuelva a cobrar vida; hagamos todo lo posible para que viva un poco más este maravilloso tragón, bebedor, trabajador incansable, mujeriego, vagabundo. El bailarín, el guerrero. El alma más amplia, el cuerpo más seguro, el grito más libre que he conocido en mi vida...

El mito de Zorba empezó a cristalizar en mí. Al principio, era una confusión musical, un ritmo nuevo, como si mi sangre latiera más rápida en mis arterias. Sentía en mí un aturdimiento y una fiebre, una mezcla indefinible de placer y desagrado, como si un cuerpo extraño, indeseable, hubiera penetrado en mi sangre. Todo mi organismo se conmovió y se precipitó para expulsarlo; pero el otro resistía, suplicaba, echaba raíces, se aferraba ya en una parte de mi cuerpo, ya en otra y no quería irse. Se había convertido en una semilla, en un grano de trigo duro, que parecía sentir que las espigas y el pan aprisionados en él estaban en peligro, y esforzarse desesperadamente en no perecer para que ellos no perecieran.

Salía y caminaba durante horas por los campos, nadaba en el mar, volvía incesantemente a Cnosos. Como el caballo sobre el que se ha posado una tábana hambrienta, y que resopla y trata de sacarla, así me agitaba y piafaba yo. En vano. La semilla no dejaba de echar nuevas raíces, tomaba posesión de mí.



VIDA Y HECHOS DE ALEXIS ZORBA.

CAPÍTULO VII.

Permanecimos silenciosos junto al brasero, hasta muy entrada la noche. Comprendía yo nuevamente qué sencilla y frugal cosa es la felicidad: un vaso de vino, una castaña, un mísero braserillo, el rumor del mar. Nada más. Y solo se requiere, para comprender que en eso se halla la felicidad, un corazón igualmente sencillo y frugal.

—¿Cuántas veces te has casado, Zorba? —pregunté.

Ambos estábamos de buen humor, no tanto por lo que habíamos bebido, sino por la gran dicha indecible que alentaba en nosotros. Percibíamos hondamente, cada uno a su manera, que éramos dos ínfimos insectos de vida efímera, bien agarrados a la corteza terrestre; que habíamos dado con un rincón acogedor, cerca del mar, en un abrigo de cañas, de tablas y de latas, donde nos apretábamos uno contra otro; que teníamos a nuestro alcance cosas agradables y víveres, y dentro de nosotros, la serenidad, el afecto y la seguridad.

Zorba no oyó mi pregunta. Quién sabe por qué océanos, donde no podía llegarle mi voz, bogaba su espíritu en ese momento. Alargando el brazo, lo toqué con el extremo de los dedos:

—¿Cuántas veces te has casado, Zorba? —pregunté por segunda vez.

Se sobresaltó. Había oído; y agitando la manaza contestó:

—¡Hombre, con qué afán te echas a escudriñar vidas ajenas! ¿No soy yo un hombre acaso? Pues, siendo hombre, ¿cómo no había de cometer la gran torpeza?... Así llamo yo al matrimonio. Que me lo perdonen los casados. Sí, he cometido la gran torpeza, me casé.

—¿Cuántas veces?

Zorba se rascó el cuello nerviosamente. Meditó un instante.

—¿Cuántas veces? —dijo al rato—. Mira: honestamente, una vez, una vez por todas. Semihonestamente, dos veces. Deshonestamente... ¿Cómo quieres que lleve la cuenta?

—¡Cuéntame, Zorba! Mañana es domingo, nos afeitaremos, nos pondremos nuestras mejores prendas e iremos a casa de Bubulina “¡por la vida y la gallina!” No habrá que trabajar; podemos permanecer en vela un rato más esta noche... ¡Cuenta!

—¿Qué he de contar? ¿Acaso se cuentan tales cosas, patrón? Las uniones honestas son platos sin condimento. ¿Qué he de contar? ¿Acaso cabe llamar beso al que se da ante el iconostasio? En mi aldea suele decir la gente: Solo la carne robada tiene sabor.



Tu mujer propia no es carne robada. Ahora, en cuanto a las uniones no honestas ¿quién las anota? ¿Viste, acaso, que el gallo lleve un libro de cuentas? ¿Lo imaginas? ¿Para qué habría de llevarlo? Hubo un momento en que yo, en mi juventud, tuve la manía de conservar un mechón de pelo de cada mujer que conocía, bíblicamente hablando. Para ello, llevaba siempre conmigo unas tijeras. Hasta al ir a la iglesia ¿eh? no faltaban las tijeras en mi bolsillo. Uno es hombre, y no sabe lo que puede acontecer ¿no es cierto?

—Así, pues, iba coleccionando mechones; los tenía negros, rubios, castaños, a veces con algunas canas en ellos. A fuerza de juntarlos, llegué a llenar una almohada en la que descansaba la cabeza durante el sueño; sólo en invierno, por supuesto, porque en verano me daba calor. Después, con el tiempo, me harté de eso también; empezaba a despedir mal olor y la quemé —Zorba se echó a reír—. Ahí tienes mi libro de cuentas, patrón. Y las llamas lo consumieron. Me harté. Creí que los mechones no llegarían a tantos, pero cuando advertí que su número no tenía fin, arrojé las tijeras.

—¿Y aquellas uniones semihonestas, Zorba?

—¡Oh, esas no dejan de tener su encanto! —respondió suspirando—. ¡Ah, tú, mujer eslava. Dios te conserve mil años! ¡Qué

espíritu libre el suyo! Nada de los acostumbrados; ¿Dónde estuviste? ¿Por qué tardaste? ¿Dónde dormiste? Ella no te pregunta nada, tú no le preguntas nada ¡la libertad!

Tendió el brazo, cogió el vaso de vino, lo vació de un sorbo, mondó una castaña. La masticaba mientras decía;

—Una de ellas se llamaba Sofinka; la otra, Nussa. A Sofinka la conocí en un pueblo poco distante de Novorossisk. Era en invierno, había caído mucha nieve. Iba yo en busca de trabajo a una mina, y, al pasar por ese pueblo, me detuve. Por ser día de mercado, mujeres y hombres habían ido de todo el contorno para comprar y vender. Con aquel frío polar y la región desolada por el hambre, la gente vendía cuanto poseía, hasta los iconos, para comprar pan.

—Vagaba yo, pues, por la feria, cuando vi a una joven campesina que bajaba de un carretón; vigorosa muchacha de dos metros de altura, ojos azules como el mar y ¡qué ancas!... ¡Una verdadera yegüita! Quedé pasmado. ¡Ay, pobre Zorba mío, me dije, buen embrollo te ha caído!

—La seguí. Cuanto más la miraba, más prendado. ¡Eran de ver aquellas nalgas que se meneaban como campanas en día de Pascua! ¿Qué afán tienes por ir en busca de minas, pobre viejo mío?, decíame para mi coletito. ¿A dónde vas a perderte, veleta loca?

¡Qué mejor mina que ésta y qué galerías más ricas puedes hallar?

”La moza se detuvo, regateó, adquirió una brazada de leña, la alzó, ¡qué brazos, Dios del cielo!, y la echó en el carretón. Compró algo de pan, cinco o seis pescados ahumados... “¿Cuánto es esto?”, preguntó. “Tanto...” Se quitó uno de los pendientes de oro para pagar. Como no tenía dinero, iba a dar en pago el arete. A mí me hirvió la sangre. ¿Cómo permitir yo que una mujer entregara sus pendientes, sus adornos, el jabón perfumado de su tocador o el frasco de lavándula?... Si la mujer entrega todo eso, el mundo se viene abajo. Es como si desplumaras a un pavo real. ¿Tendrías valor para arrancarle las plumas a un pavo real? ¡Nunca! No, no, mientras Zorba esté vivo, eso no ha de ocurrir. Saqué la bolsa y pagué. Era un tiempo en que los rublos se habían convertido en trapos sin valor. Con cien dracmas comprabas un mulo; con diez, una mujer.

”Así, pues, pagué. La doncella me observó de reojo. Me cogió la mano con intención de besármela. No se lo permití. ¿Me tomaría por anciano? “*Spassiba! Spassiba!*”, exclamó, lo que quiere decir, ¡gracias! ¡gracias! Y de un salto se subió al carretón; empuñó las riendas, alzó el látigo. Zorba, me dije, cuidado, hijo, que se te va. También de un salto me coloqué al lado de ella en el pescante. Ella no dijo nada. Ni siquiera movió la cabeza para mirarme. Un latigazo al caballo, y en marcha. Por el camino comprendió que la quería por mujer. Apenas si barbullaba yodos o tres palabras rusas; pero, en semejantes trances, las palabras sobran. Se habla con las miradas, con las manos, con las rodillas. No hay por qué estar diluyendo la salsa. Llegamos a la aldea, nos detuvimos frente a una isba. Bajamos. De un empujón con el hombro, la muchacha abrió la puerta y entramos. Descargamos la leña en el patio, cogimos los pescados y el pan, y penetramos en la habitación. Había allí una viejecita sentada ante la chimenea sin lumbre. Tiritaba. Estaba

envuelta en sacos, trapos, pieles de carnero, y, sin embargo, tiritaba. ¡Hacía un frío del demonio, al extremo que se caían las uñas! Me incliné, eché leña en la chimenea y encendí el fuego. La viejecilla me miraba sonriente. Algo le había dicho su hija al llegar, pero no entendí qué. Con el fuego encendido la vieja fue entrando en calor y reviviendo.

”Entretanto, la hija ponía la mesa. Trajo un poco de vodka, lo bebimos, encendió el samovar, preparó el té, nos sentamos y comimos, dándole su porción a la vieja. Después de eso, la moza tendió la cama, cambió las sábanas, dio luz a la lamparilla puesta ante el icono de la Santísima Virgen, y se santiguó tres veces. Luego me llamó con una seña, nos arrodillamos a los pies de la anciana y le besamos las manos. Posólas ella en nuestras cabezas murmurando unas palabras. Probablemente nos impartía su bendición. “*Spassiba! Spassiba!*”, exclamé yo y, de un brinco, henos la doncella y yo metidos en la cama.

Zorba se interrumpió. Alzó la cabeza contemplando la lejanía del mar.

—Se llamaba Sofinka... —dijo poco después, y volvió a quedar callado.

—¿Entonces? —pregunté impaciente—. ¿Entonces?

—¡No cabe ningún “entonces”! ¡Qué manía la tuya de los “entonces” y de los “por qué”, patrón! ¿Acaso se refieren esas cosas? ¡Vamos...! La mujer es una fuente fresca: sediento, te inclinas hacia ella, ves el rostro reflejado en sus aguas y bebes; bebes y te crujen los huesos. Luego llega otro también acosado de la sed: se inclina, ve su rostro y bebe. Luego otro más... Una fuente es así. Una mujer también.

—¿Y luego te marchaste?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Te digo que es una fuente, y yo, el caminante: seguí mi camino. Me quedé tres meses con ella. ¡Dios la proteja! Nada tengo que reprocharle. Al cabo de los tres meses recordé que había ido en busca de una mina.

—Sofinka —le dije una mañana—, yo tengo que trabajar. Es preciso que me vaya.

—Bueno —dijo Sofinka—, vete. Esperaré un mes. Si al mes no regresas, quedaré en libertad. Lo mismo tú. ¡Sea lo que Dios quiera!

—Y al cabo del mes regresaste...

—¡Qué tonto eres, patrón, sea dicho sin faltarte el respeto! —exclamó Zorba—. ¿Cómo regresar? ¿Acaso te lo permiten? Si diez días después, en el Kubán, me encontré con Nussa...

—¡Cuenta, hombre, cuenta!

—Otro día, patrón. ¡No hagamos una ensalada con las pobrecillas! ¡A la salud de Sofinka!

Se bebió el vino de un trago. Luego, apoyado de espaldas a la pared:

—¡Bueno —dijo—, te contaré también lo de Nussa! Tengo la cabeza llena de Rusia esta noche. ¡Amaina, que vaciamos las calas!

Se enjugó el bigote, atizó las brasas.

—A esta, como te decía, la conocí en una aldea del Kubán. Era verano. Había montañas de melones y de sandías; yo me inclinaba, recogía uno y nadie decía nada. Lo cortaba por la mitad y hundía el hocico en su carne jugosa. Todo se da abundantemente allá, en Rusia, patrón, todo en montón: ¡elegid y coged! Y no solo melones y sandías, ¿eh?, sino también pescados, manteca... Ves al paso una sandía que te apetece: tómala. No como aquí en Grecia, donde en cuanto le quitas a alguien la más pequeña parte de la cáscara de un melón te arrastra ante la justicia, y en cuanto tocas a una mujer te sale de sorpresa el hermano empuñando un cuchillo con deseos de dejarte la carne picada como para salchichas. ¡Puah! ¡Al diablo, banda de pordioseros! ¡Idos un poco a Rusia, para ver lo que son grandes señores!

—Pasaba, pues, por el Kubán, y veo a una mujer en una huerta. Me gusta. Has de saber, patrón, que la esclava no es como estas

griegas codiciosas que te venden amor con cuentagotas y que se empeñan en procurarte menos de lo que te corresponde y en robarte en cuanto a la calidad de la mercadería. La esclava, patrón, pone lo justo en la balanza. Tanto en lo que respecta al dormir, como al comer, como al amar; es pariente cercana de los animales y de la tierra nutricia; da, da generosamente. ¡No es mezquina como estas griegas regateras! Le pregunto: “¿Cómo te llamas?” Ya lo ves, con las mujeres había aprendido a usar de cierta astucia. “Nussa, ¿y tú?” “Alejo. Me gustas mucho, Nussa.” Ella me observó con atención, como a un caballo cuya compra se desea. “Tú también; no pareces un mocosuelo cualquiera; tienes buena dentadura, grandes bigotes, espaldas anchas, brazos fuertes. Me gustas...” No mucho más nos dijimos, ni había por qué. En un santiamén estuvimos de acuerdo. Quedamos en que iría con mis ropas domingueras. “¿Tienes un abrigo forrado en pieles?”, me preguntó Nussa. “Sí, pero con este calor...” “No importa. Tráelo, impresiona bien.”

—Me acicalé, pues, como para un día de boda, metí bajo el brazo el abrigo, llevé también un bastón de puño de plata que tenía, y en marcha. Era un caserón campesino, con patios, vacas, lagares, hornos encendidos en el patio, calderos en los hornos. “¿Qué hierve aquí?”, pregunté. “Mosto de sandía.” “¿Y aquí?” “Mosto de melón.” ¡Qué país!, me digo. ¿Lo estás oyendo? Mosto de sandía y de melón: es esta la tierra prometida. ¡Atrás, mi-serial! ¡A tu salud, Zorba, que has caído con suerte! Como un ratón dentro del queso.

—Subí la escalera. Una enorme escalera de madera que crujía. En el pasillo, el padre y la madre de Nussa. Llevaban puestas unas especies de bragas verdes, con cinto rojo del que pendían grandes borlas; gente importante, ¿eh? Abrieron los brazos a velas desplegadas: besos, abrazos. Me hallaba bañado en saliva. Me decían cosas a todo vapor, que yo no entendía. Pero ¿qué más daba? En los semblantes les leía claramente que no eran hostiles.

”Entré en la sala y ¿qué vi? Pues mesas muy bien servidas. Todos estábamos de pie: parientes, hombres y mujeres, y delante de todos, Nussa, acicalada, vestida de fiesta, saliente el pecho como un mascarón de proa. Deslumbrante de belleza y de juventud. Un pañuelo rojo atado a la cabeza, y bordados sobre el corazón la hoz y el martillo. ¡Hola, Zorba, so hereje!, me dije hablando conmigo mismo. ¿Es para ti ese bocado? ¿Ese cuerpecito es el que estrecharás entre tus brazos esta noche? ¿Que Dios perdone al padre y a la madre que te echaron al mundo!

”Nos lanzamos todos como lobos, tanto las mujeres como los hombres, sobre lo comestible. Comíamos como cerdos, bebíamos como esponjas.

”—¿Y el pope? —le pregunté al padre de Nussa, sentado junto a mí, y cuyo cuerpo humeaba de tanto que había comido—. ¿Dónde está el pope que ha de bendecirnos?

”—No hay pope (me respondió salpicando saliva en torno), no hay pope. La religión es el opio de los pueblos.

”Dicho esto, se levantó hinchando el pecho, se aflojó el cinto rojo, alzó los brazos en señal de que pedía silencio. Tenía en la mano el vaso, lleno hasta el borde, y me miraba a los ojos. Luego comenzó a hablar, y habló y siguió hablando; me dirigía un discurso. ¿Qué decía? ¡Sábelo Dios! Yo estaba ya harto de mantenerme en pie, y, además, empezaba a sentirme un tantico alumbrado. Me senté, juntando la rodilla con la de Nussa, que estaba a mi derecha.

”No terminaba nunca el viejo; sudaba por todos los poros. Todos se echaron sobre él y lo abrazaron, para que callara. Se calló. Nussa me hizo una seña:

”—¡Anda, habla tú, ahora!

”Me levanté a mi vez, y me lancé a discursar, medio en ruso, medio en griego. ¡Lo que les decía, que me lleve el diablo si lo sé! Recuerdo solamente que en la parte final me había metido en canciones kléfticas. Comencé sin ton ni son a rebuznar:

*Los klejtes han subido la montaña
para robar caballos.
No había allí caballos
¡y fue Nussa lo que se llevaron!*

”Ya ves, patrón, que introducía algunos cambios adaptados a las circunstancias.

*Y se van, y se van...
(¡Vamos, madre, que se van!)
¡Ay, mi Nussa!
¡Ay, mi Nussa!
¡Vay!*

”Y con el rebuzno de ¡Vay!, me echo sobre Nussa y la beso.

”Era lo que hacía falta. Como si les hubiera hecho la señal que esperaban, y solo eso era lo que esperaban, algunos jayanes de barbas rojas apresuradamente apagaron las luces.

”Las mujeres, redomadas picaras, empiezan a chillar como si tuvieran miedo; pero al instante oyéronse en la oscuridad unos ¡ji! ¡ji! ¡ji!... Sentían cosquillas y reían.

”Lo que entonces ocurrió, patrón, solo puede saberlo Dios. Y es probable que no lo sepa tampoco, pues de saberlo, nos fulmina a todos con una centella. El hecho es que hombres y mujeres en mezclanza yacían en el suelo; yo traté de dar con Nussa ¡pero cómo hallarla! En fin, al alcance de la mano di con otra y arreglé el asunto con ella.

”Al amanecer, me levanto para retirarme con mi mujer. Todavía reinaba la oscuridad en la sala. No distinguía bien las cosas. Cojo un pie, tiro de él: no era el de Nussa. Cojo otro: tampoco. Cojo otro: tampoco era. Y al fin y al cabo, después de buscar trabajosamente, doy con los pies de Nussa, la saco de debajo de dos o tres jayanes que la tenían aplastada, pobrecilla, y la despierto. “Nussa”, le digo, “¡nos vamos!” “¡No te olvides el abrigo!” me contesta, “¡vamos!” Y nos fuimos.

—¿Y después? —le pregunté viendo que se callaba.

—¡Otra vez con los “¿después?”! —dijo Zorba con fastidio.

Suspiró.

—Viví seis meses con ella. Desde entonces, Dios es testigo, no temo nada. ¡Nada, te digo! Nada más que una cosa; que el diablo, o Dios, si quieres, borren de mi memoria el recuerdo de aquellos seis meses. ¿Comprendes? “Comprendo”, debías contestarme.

Zorba cerró los ojos. Parecía muy conmovido. Era la primera vez que lo veía tan hondamente sacudido por un recuerdo lejano.

—¿Tanto querías a esa Nussa? —le pregunté al cabo de un instante.

Zorba abrió los ojos.

—Eres joven, patrón —dijo—, eres joven y por eso no comprendes. Cuando se te ponga blanco el pelo, volveremos a conversar acerca de esta eterna historia.

—¿Qué eterna historia?

—¡La mujer, caramba! ¿Cuántas veces he de decírtelo? La mujer es una eterna historia. Por ahora, tú eres como los jóvenes gallos que cubren a las gallinas en un periquete y luego hinchan el buche, se suben a un montón de estiércol y rompen a cantar fanfarroneando. No miran a la gallina, sino a la cresta. Entonces ¿qué demonios pueden entender en materia de amor? ¡Mala centella los parta!

Escupió en el suelo, despectivo. Luego volvió la cabeza; no quería mirarme.

—¿Y después, Zorba? —volví a preguntarle—. ¿Qué fue de Nussa?

Zorba, con la mirada perdida a lo lejos, hacia el mar, me respondió;

—Una noche, al volver a casa, no la encontré. Se había marchado. Un militar buen mozo visitó el pueblo esos días, y se fue con él. ¡Todo había acabado! Se me destrozó el corazón. Pero pronto volvió a juntar los pedazos ¡el mísero! ¿Viste esas velas remendadas con rozos rojos, amarillos, negros, cosidos con hilo grueso, que ya no se rompen ni en los más fuertes temporales? Así es mi corazón. Treinta y seis mil agujeros, treinta y seis mil remiendos, ¡ya a nada teme!

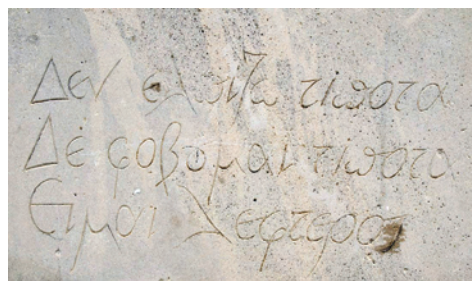
—¿Le guardaste rencor a Nussa, Zorba?

—¿Por qué había de guardárselo? Digas lo que se te antoje, la mujer, en mi opinión, es cosa distinta, patrón, no es cosa humana. ¿Por qué guardarle rencor? Es algo que no entra en nuestra comprensión, y todas las leyes se equivocan respecto a ellas. ¡No deberían tratar así a la mujer, no! Son muy duras, patrón, esas leyes, y muy injustas. Yo, si alguna vez hubiera de dictar las leyes, no las haría iguales para los hombres y para las mujeres. Diez, ciento, mil obligaciones para el hombre. Para eso es hombre, para aguantarlas. Pero ni una para la mujer. Porque ¿cuántas veces será necesario que te lo diga, patrón? La mujer es una criatura sin fuerza.

—¡A la salud de Nussa, patrón! ¡A la salud de la mujer! ¡Y porque Dios nos asiente los sesos a los hombres!

Bebió; alzó el brazo y lo dejó caer con fuerza, como quien maneja el hacha.

—¡Que nos asiente los sesos —repetió—, o de lo contrario que nos someta a un corte quirúrgico! Si no, créeme lo que te digo, estamos fritos. ✿



Epitafio en la tumba de Nikos Kazantzakis en Heraklión: “No temo nada, no espero nada, soy libre”.